

## LIBROS

## "Con la muerte en el alma"

Se ha dicho de este libro de Azaña (1) que es el texto memorial más importante de la Historia española moderna. Puede. En cualquier caso, a pesar de su título, no constituye en rigor un libro de Memorias, sino un diario; es decir, una relación histórica llevada a cabo día a día o por días. La distinción no es baladí, aunque pudiera parecerlo. Pues si en el primer caso el texto se teje con el pasado, en el segundo, por el contrario, lo que se fija es el presente, aun cuando a su hilo el autor buce en lo pretérito. Las Memorias reconstruyen, mientras que el diario transcribe. Ahora bien, el riesgo de ideologizar los hechos es siempre mayor cuando se evocan que cuando se copian. Cuando el acontecer se fija sobre la marcha, el peso de su propia inmediatez frena seguramente su elaboración ideológica. De ahí, pues, la importancia de este texto como fuente histórica de primera mano. Como documento fundamental para el conocimiento de unos procesos y sucesos de los que lo menos que puede decirse es que han marcado el destino de España para todo lo que queda de siglo.

Las "Memorias" se extienden del 2 de julio de 1931 al 31 de mayo de 1933, materia del primer volumen, y del 19 de febrero de 1936 al 19 de enero de 1939, período reseñado en el segundo tomo, que concluye con una "carta a Angel Ossorio", de 28 de junio del mismo año. El llamado —y bien llamado— "bienio negro" no aparece, por tanto, en el libro. Es justamente el período en que Azaña, ex ministro de la Guerra y ex jefe del Gobierno, pasa a convertirse, para la derecha en el poder, en el hombre a abatir. El momento en que las propias derechas, en su fanatismo antiazañista, van a acabar propiciando el Frente Popular. Durante todo el tiempo

(1) Manuel Azaña: Memorias políticas y de guerra. Editorial Grijalbo.

que el libro registra, Azaña es, pues, poder, aunque durante la guerra, en la Presidencia de la República, ese poder fuera más nominal que real.

¿En qué medida esto le condicionó? Cabe preguntarse, en cualquier caso, si el despegado talante que campea en muchas de estas páginas, el frío distanciamiento —velado desprecio, a veces— en que aparecen envueltos numerosos juicios y comentarios, no traduce en algún modo el talante mismo, despegado y

—desbaratando— los proyectos para cambiarla. Es curioso: se diría que allá en el fondo de este ardiente irreligioso dormita, sublimada en su pasión civil, una cierta nostalgia de raíz cristiana. Sin duda, una visión pesimista de los hombres y el mundo, encajado, de forma sólo aparentemente contradictoria, en su radical ideología de librepensador. No hay aquí tampoco trampa ni cartón. Inútil, pues, pedir peras revolucionarias al olmo liberal. Inútil reprocharle, desde otras

jaron, hacer de la sociedad española una sociedad más libre, más culta, más justa, más racional y más igualitaria que la que la monarquía alfonsina le dejó. Esperanza, como es sabido, que la restauración franquista liquidaría por toda una era. Y fue, quizá, Azaña quien con mayor lucidez sopesó los factores objetivos, económicos y diplomáticos, que hacían inevitable el triunfo de Franco.

¿Hasta qué punto, si sólo algunas cosas se hubieran producido de distinta manera, todo habría podido ser diferente?

De ahí la emoción que, al cerrar el libro, prende en el lector. Porque más allá de la peripecia política y guerrera, lo que este relato, tan finamente escrito, muestra es, justamente, el nacimiento y desaparición de esa esperanza. Por eso, al final, consumada su extinción, ya con la muerte en el alma, Azaña escribe: "Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desata de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalidad se estremecen. En este conflicto, mi juicio me llevaría a la repulsa, a volverme de espaldas a todo cuanto la razón condena. No puedo hacerlo. Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre y nunca podré ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas, y aun las más detestables hay que conllevarlas como una enfermedad penosa. Pero eso no impide conocer la enfermedad de que uno se muere; o más exactamente de que nos hemos muerto; porque todo lo que podemos decir ahora sobre el pasado suena a cosa del otro mundo".

Cuatro meses antes de que estas patéticas palabras fueran escritas, el 1 de abril de 1939, se abatía sobre todo el país, con palabras de Jackson, el régimen más represivo que haya existido en España desde Felipe II. Era la victoria. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

## La hora del solitario

La reedición de la novela póstuma de Hemingway, *Islas a la*



Manuel Azaña.

frío, del poder. Lo cierto es que, de acuerdo con la curva de su importancia y peso político, que alcanza su cenit en el otoño de 1932, la compleja personalidad de Azaña aparece reflejada entre dos extremos que van del voluntarismo racionalista al amargo patetismo. Y, en medio, siempre, lucidez. La desolada lucidez del que cree que la razón es capaz de transformar a los hombres, pero que no cree en los hombres. Que actúa para transformar la realidad, convencido, sin embargo, de que, al final, es esa realidad, su peso muerto, lo que acabará transformando

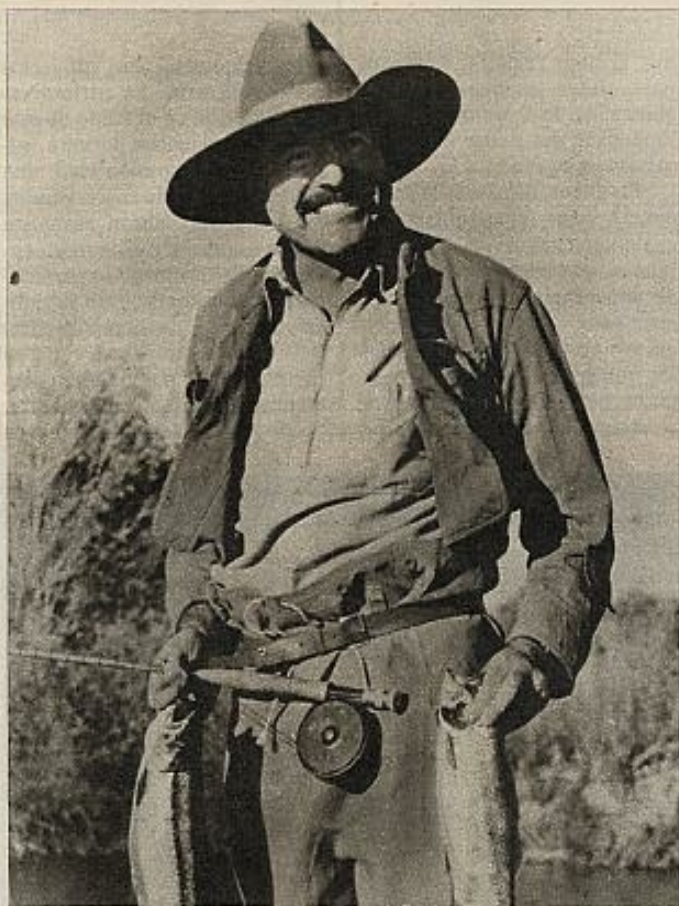
atalayas, incoherencia o contradicción. Queda claro en este relato, por el contrario, la absoluta coherencia ideológica y política que su autor mostró. Más aún: los opuestos registros de su personalidad, en la que se mezclan elitismo y populismo, pragmatismo y voluntarismo, universalismo e individualismo, progresismo y conservatismo, espiritualismo y laicismo, no hacen más que reflejar, en realidad, las características de la ideología a que siempre sirvió. En alguna medida, también, las de la República que encarnó. Una República que no pudo, porque no le de-



deriva (1), así como la reimposición en colección de bolsillo de sus obras más populares (2), nos devuelve oportunamente a un novelista tan olvidado como célebre. Es un destino convencional, pero siempre sorprendente: el que fuera gran maestro de la literatura europea de posguerra, el novelista imitado por los neorrealistas italianos, existencialistas franceses, socialrealistas españoles, sin por ello perder el favor de un público burgués y acomodaticio, fue enterrado por su descendencia beat y la posterior escuela degenerada de formalismo y universidad. Sin embargo, no sería nada raro que emergiera del averno, una vez borradas del mapa las condiciones que fortalecieron a una literatura visceralmente opuesta a la suya.

De hecho, así está ocurriendo con Albert Camus, el maestro de la generación que ahora anda por la treintena, olvidado y despreciado durante veinte años, pero a punto de convertirse en el ídolo de los años ochenta en Francia. El fenómeno que supone esta recuperación del material artístico e intelectual de la posguerra —sin que de por medio se haya librado batalla alguna— fuerza a admitir una cierta predisposición al entendimiento de la violencia, y no (como era habitual estos últimos años) al análisis de la agresión.

La novela de Hemingway que comentamos es un buen ejemplo de esa poética de la violencia asumida como determinación natural, y no como ingrediente estatal. Hemingway no llegó a concluirla, de manera que contiene farragosos pasajes, o diálogos demasiado largos que su autor habría acertado en una última revisión, pero la novela, tal como quedó, no sólo es muy convincente, sino que permite observar con mayor comodidad algunos rasgos estilísticos. Es como una pintura inacabada, en la que se pueden adivinar las líneas constructivas del carboncillo. Y es emocionante que la historia de Thomas Hudson, el héroe más desolado, más abandonado de Hemingway, concluyera su trayectoria con un sui-



Ernest Hemingway.

cidio que dejaba al personaje de la ficción con las tripas al aire.

Las tres secciones de la novela podrían haber sido tres cuentos independientes. Hemingway, de no haberse decidido por un final rápido, habría unido los elementos dispersos, difuminando los límites. Tal y como la dejó, su única ligazón es Thomas Hudson, un buen pintor (es decir, alguien que sabe lo que se hace, y lo vende bien), y las islas del Caribe. De los tres capítulos o secciones, el primero es el más acabado. Hudson, viejo, escéptico, sostenido tan sólo por una férrea disciplina de trabajo, recibe la visita de sus hijos. Hudson vive en una isla de las Bahamas, con otros individuos tan quemados (y tan puros) como él. La presencia de los chicos rompe la soledad en que estoicamente se mantenían, y esa parcial debilidad será la causa de un desastre. En esta sección (la más extensa del libro, pues ocupa casi la mitad del mismo) se encuentran las escenas más emocionantes: la pesca de un gigantesco pez espada, por parte de uno de los

hijos de Hudson, es de antología. Sin embargo, los niños son meros marionetas, hablan como pequeños pedantes, se comportan como viejos liliputienses; se parecen asombrosamente a su padre literario, sólo les falta la barba y los sanfermines. Hemingway no sabe tratar a los niños, pero sabe cómo pescar un pez espada o cómo beber un daiquiri. ¡Incluso sabe hablar de Gaughin! Con eso basta para leerlo de un tirón.

La sección intermedia, en la isla de Cuba, es una larga conversación entre Hudson (más solo, acabado y borracho que nunca) y una inteligente ramera. Hablan del tiempo pasado, del amor pasado, de la aventura pasada, de los países pasados, hasta que se presenta el pasado in person. Es la sección más endeble, sólo redimida por la sed que proporciona. En la tercera y última parte (la hecatombe heroica de Hudson persiguiendo submarinistas nazis por los Cayos), de nuevo Hemingway recupera su territorio, la caza y la guerra, con estupendas escenas del mejor estilo duro. Hudson ha agotado todas

las posibilidades y puede morir en paz. Y entonces Hemingway se mató.

¿Vuelve a sonar la hora del solitario? Camus regresa de la mano del extranjero, otra isla a la deriva; Malraux, Sartre, Faulkner... todos ellos describieron hombres aislados, rodeados de miseria, atesorando un diminuto núcleo de quijotesca caridad en el corazón, para no ser asimilado a los hijos de puta que todo lo invadían. El optimismo de los años sesenta acabó con esos nómadas viriles, dando paso a la fraternidad universal, el amargo genitalismo y las tribus del humo. Pero a partir del 68, la recuperación de los hijos de puta ha sido cada vez más rápida y agresiva. Vuelven a ser los amos del mundo. ¿Suena, de nuevo, la hora del solitario? ■ FELIX DE AZUA.

## El poder de la púrpura

*"Y debajo de ser hombre puedo venir a ser Papa, cuanto más gobernador de una insula..."*

(Cervantes, "Don Quijote de La Mancha")

Uno de los personajes del libro de Malachi Martin: "El cónclave" (1) afirma que, ante un problema religioso, la Iglesia católica romana siempre ha buscado soluciones sociopolíticas, y esa puede ser una de las claves de su perdurabilidad. Actuó en esto al contrario que la monarquía española en su fugaz momento de esplendor. España, ante un problema político, adoptaba soluciones religiosas. Y así le fue. Los Papas fueron mucho más pragmáticos, y ahí están todavía, ejerciendo una influencia que se extiende a todo el mundo. Esa profunda temporalidad del papado, presente desde la conversión de Constantino hasta nuestros días, aparece bien reflejada en algunas páginas del libro mencionado.

"El cónclave" es una obra extraña (mitad documento, mitad ficción), pero que merece una atenta lectura, de particular interés, sobre todo para los no iniciados en la etiqueta teo-

(1) El cónclave ("The Final Conclave"), Malachi Martin, Bruguera, Barcelona, 1978.

(1) Ernest Hemingway, *Islas a la deriva*, Planeta, 1978.

(2) *Las nieves del Kilimanjaro, Los asesinos, Las verdes colinas de África*, todos en Caralt.